

La Carta

juan camilo espinosa echeverry



Capítulo 1

No pensé que moriría tan pronto. Precisamente había pensado en algo por el estilo cuando escribí la carta, pero no creí que llegara a suceder.

Se me pasó por la mente lo de mi muerte cuando la terminé de escribir y analicé que sucedería si muriera y no la entregara. Claro que no tenía la intención de hacerlo, pero en el fondo si lo deseaba, en parte porque sería una pérdida de tiempo escribir todo eso para archivarlo, y porque mi mini ego de escritor me impulsaba a mostrar mi trabajo.

Sentía que era buen material, pero no tener la intención de presentarlo se debía a que iba dirigido a alguien en concreto.

Si bien existía la posibilidad de presentarlo a un público general, no le encontraba mucho sentido mostrarlo a todos, menos a quien iba realmente dirigida; era como pintar un retrato de alguien y al mismo tiempo ocultárselo a esa persona.

En ese momento fue cuando pensé: ¿qué pasaría si muriera y no entregara la carta? Al principio lo tomé como broma, pero luego reflexioné de que posiblemente mi alma penara y atormentara justamente a quien se la había escrito. Era lógico: mi espíritu desearía entregarle el mensaje pero no podría, ya que cómo podría adivinar esa persona que dejé un escrito para ella; y lo peor de todo, esa persona no era cercana a mí y apenas nos vimos unas cuantas veces.

Sin embargo todo esto sonaba demasiado loco para mí y lo sensato era no entregar la carta, ya que si bien no contenía algo negativo, si era altamente sensible y podría generar incomodidad.

Dejando las cosas así, continúe con mi vida por unos días más, hasta que una mañana no desperté. Morí de igual forma que un pariente lejano que murió mientras dormía.

Nunca le tuve miedo a la muerte, sin embargo no comprendí de inmediato que había muerto, pues cuando volví en sí -si es que se puede decir así-, me vi a mí mismo "durmiendo" en la cama.

Al principio pensé que era un sueño pero no se sentía así y mi cuerpo no se movía ni respiraba; luego pensé que era la famosa parálisis del sueño, pero me di cuenta que no lo era cuando mi madre se acercó a mi cuerpo y éste no reaccionó.

Yo seguía parado al pie de mi cama analizando toda la situación. Luego de

un buen rato, y la verificación de un paramédico, se decretó mi muerte.

Yo estaba en shock. ¿Cómo podía estar muerto si seguía ahí? Después de pensarlo mucho tuve que admitirlo, pero entonces pensé en por qué seguía mi espíritu ahí. Se suponía que fuera a algún lugar, sea donde fuera ese lugar.

Deduje que por lo repentina mi muerte, asuntos quedaron sin resolver... pero ¿cuáles? Después de pensarlo un rato, solamente extrañaba algunas cosas que ya no podría usar y que estaba apegado a ellas, pero no a tal extremo de aferrarme a ellas por la eternidad.

Luego de muchos días recordé la bendita carta. No podía creer que fuera cierto, pero cuando pensé en eso casi todas las fuerzas de mi ser se volcaron en ese asunto. Mejor dicho, algo "dentro" de mi me indicaba que eso era lo que faltaba hacer.

Yo seguía pensando que era algo ridículo, pero siempre supe en el fondo que quería entregarla. Tanto fue así que hace tiempo la tenía ya impresa, por si las dudas. Ahora el asunto era resolver como diablos entregarla si ya estaba muerto.

Si de verdad quería que mi alma descansara debía hallar la solución.

La carta estaba en un sobre cerca de mi computador. Traté de tomarla pero por obvia razón era imposible. En esos momentos no comprendía como es que los fantasmas movían cosas, si es que en realidad podían hacerlo.

El siguiente intento fue acercarme a mi madre y tratar de decírselo, pero no me oía. Así que hablé lo más fuerte posible y al parecer dio resultado porque detuvo su actividad y se quedó mirando a su alrededor, pero luego continuó. Volví a intentarlo, esta vez gritando y concentrándome en ello; esta vez ella se alteró y dejó caer lo que llevaba en sus manos. Miró a su alrededor de nuevo y dijo "hijo, ¿eres tú?".

Me sentí aliviado por un momento porque al fin me escuchaba, pero decepcionado al otro instante, pues aunque grité al parecer ella sólo oyó un susurro.

La tercera era la vencida. Para esta vez no grité pero hable fuerte y claro, y sobre todo me concentré lo que más pude mentalizándome en el mensaje; abrí la boca y sólo atiné a decir "la carta". Mamá se sobresaltó aún más y temí matarla de un susto, pero dijo luego un poco más calmada "hijo, si eres tú... la carta, ¿qué carta?".

Traté de decir algo más pero me sentía sin energías para ello, así que tuve que detenerme y esperar. No dormí, sino que entré en una especie de

estado de letargo y no pude hacer mucho más.

Tiempo después, -no sé si minutos, horas o días ya que no sentía que pasaba el tiempo-, busque a mi madre de nuevo en la casa y la encontré en mi habitación aseando y archivando cosas. Usé el método anteriormente descrito un par de veces más, diciendo: "la carta". Las dos veces ella me escuchó y entonces mientras se repetía para sí "la carta, la carta" buscaba en mi habitación por todas partes la bendita carta hasta que por fin dio con ella.

Lo bueno de la situación es que la encontré, lo malo fue que inevitablemente la leyó, aunque era de esperarse. Mientras lo hacía, su rostro reflejaba sorpresa, risas y hasta algo de admiración. Posterior a esta vergüenza de ultratumba, y como la carta estaba marcada, mamá se la entregó a su destinatario, que afortunadamente ella conocía también.

Capítulo 2

Para M.H.O.:

Pocas cosas me hacen sonreír hoy en día, pero ella siempre logra hacerlo con el sólo hecho de verla. El solo conocimiento de su cercanía acciona en mi interior un interruptor que se encarga de hacerme creer que todo está bien y es color rosa, ese mismo interruptor que me hace olvidar todo lo demás... pero una vez que me ha saludado y se aleja de mi periferia, de forma inconsciente y despiadada, se apaga el mismo interruptor que hasta hace un momento se había encendido.

Es en esos cortos momentos de su saludo donde vivo mi eternidad, me pierdo en sus ojos color miel que hacen juego con la dulce miel de su personalidad encantadora y hechizante...

Ahora pienso en todas esas ridículas canciones de amor y quisiera vivir en sus letras, pues en éstas se es posible conquistar a alguien como ella. Pero en mi triste y odiosa realidad no; debo conformarme con recordar el dulzor de su voz acariciando mis oídos como la más perfecta melodía, o recordar el roce de su mano en mi espalda como si fuera el toque delicado de un hada o un ángel, si se quiere.

Sí, son muchas sensaciones y alucinaciones para un simple saludo, pero así es la mente. Así es mi mente, débil ante ella, se entrega completamente ante su hechizante presencia y se embriaga de su magia.

Ante ella no puedo resistirme, la única ventaja que yo poseo es su desconocimiento de que ella es mi verdadera debilidad.

Al alejarse aún más para ir a su consultorio, se lleva cada vez un pedazo de mí. Cada vez que nos vemos me deja más incompleto que la última vez. Desearía que me llevara por completo en cuerpo y alma pero sólo se lleva ésta última, alimentándose inconscientemente de mis sentimientos y dejándome cada vez más con hambre de ella.

¿Qué puedo hacer aparte de lamentarme?

¡Ah!, pero es tan delicioso caer en esa tentación de la lamentación y la contemplación... esa maldita autocompasión que falsamente y sólo por un breve momento me entrega algo de alivio, para luego caer de nuevo en un abismo más oscuro y profundo que el anterior cuando recuerdo de nuevo algo sobre ella.

¿Y decírselo?

Pero, ¿decirle qué? ¡Ja! como si fuera tan simple. Los incontables fracasos en mí pasado, más que hacerme dudar, me niegan la posibilidad de intentarlo.

No niego que en el pasado tenía la suficiente autoconfianza para una declaración, pero eso quedó enterrado años atrás.

Ésta no es una de esas ocasiones de "no tengo nada que perder", porque si perdería todo. La perdería a ella aunque ahora no la tenga, porque haría que se distanciara, y ésta vez por una infinidad.

..."pero tienes mucho que ganar", dirían los falsos filósofos de mi alrededor, pero eso lo dudo, ya que ¿qué diablos podría ver ella en mí? Y no, no es baja autoestima, es realidad: no tengo nada que ofrecerle más que una eterna devoción, devoción que también jurarían mantener cientos de hombres como yo, que al conocerla también caerían rendidos a sus pies.

Y así empiezo un nuevo ciclo: pasé de mi autocompasión a de nuevo caer en el próximo abismo con su recuerdo... si eso no es suficiente sufrimiento para un infierno en la tierra, ¿que lo sería?

Es una causa tan perdida que ni siquiera sueño despierto, pues cuando lo llego a hacer es con cosas que al menos sean remotamente posibles, pero éste no es el caso.

¿Fatalista?

Sí, puedo llamarme así. "No es para tanto", dirían algunos, y malditos sean; ya dije que cada vez que nos saludamos se lleva una parte de mi alma, entonces sí es mucho.

Bendita sea su ignorancia al respecto de mis sentimientos hacia ella. Ahora ella duerme tranquilamente en su cama mientras me trasnocho escribiendo esto. Lo hago porque me hace sentir algo de paz el desahogarme escribiendo y no hablando.

¿Y si le entregara esta carta?

¿Marcaría alguna diferencia leerlo en vez de oírlo?

Tal vez sea menor el ridículo si lo leyera, después de todo soy pésimo hablando.

Como amante de la fantasía, me gusta creer que en cierto modo la magia vive en las palabras, pues pueden llegar a tener mucha fuerza para crear o para destruir, así que esta carta podría ser un hechizo que ella activaría

al momento de leerla... jajaja, de nuevo el bálsamo de mi imaginación.

Bien, y suponiendo que la leyera, ¿cómo terminaría de escribirla?

En un universo paralelo, ella estaría leyendo éstas líneas, así que ahora te hablo a ti, no a mi imaginario lector al que le escribí esto. Ahora que sé que me lees, no sabría que decirte exactamente: a eso lo llamo "síndrome de atortolamiento". Más sin embargo, creo que ya leíste lo suficiente como para saber lo que yo siento y que sin saberlo ya soy tuyo, así no me quieras en tu corazón o tu cabeza, como ya lo estás en mí.

Agradezco no poder ver tu reacción, porque una mirada de disgusto o desaprobación me destrozaría como un látigo a la piel desnuda.

Si no te gusta lo que lees, debes tratar de comprender al menos que uno no elige libremente los deseos del corazón y el alma, éstos tienen vida propia así sean parte de uno, o ¿será uno el que hace parte de ellos?

Así que; sí, me gustas. Es la manera más fácil de decirlo, pero a la vez la forma más fría y desabrida que existe, ya que aunque dice lo que debe, es muy simplista. Y tú no eres simple.

Tal vez las palabras son insuficientes para decirlo y describirlo, y odio usar ese cliché pero resulta ser verdadero, porque por muy rico que sea nuestro idioma no tiene tal magnitud para traducir el lenguaje de los sentimientos.

Así que perdona mi falta de elocuencia; el decir lo que alguien quiere escuchar se lo dejo a políticos. Para bien o para mal, he escrito lo mejor que pude lo que llevo dentro de mí...

Atte. J.C.E.E.